

**XII.**

**Gonzalitos.—Su persona.—Su carácter.—Sus costumbres.—Su enfermedad.—Confidencias.—Su muerte.**

**T**RATANDO de pintar con la palabra al individuo, ciertamente que, para bosquejarlo, siquiera concretando sus actos, cuyo estudio ha sido el objeto de nuestro trabajo, ningún nombre más propio como el que la gratitud pública halló para glorificar su personalidad, sin pretender hacerlo.

Gonzalitos.....! ¿Quién no se representa en la fantasía la imagen más simpática al oír tan cariñoso nombre?

Las referencias que hemos hecho de sus diferentes actos en diversas condiciones, ya cuando, lleno de vigor, de exuberancia en su organismo, era la fuente del consuelo de muchos; ó ya cuando, falto de luz en los ojos, la luz de su espíritu alumbraba en la duda á sus compañeros; esas referencias, creemos, habrán desarrollado ante la mirada del lector cuadros en que quizá háyase visto al Dr. González moverse, hablar, sentir y derramar el rico tesoro de su memoria y de su talento y de

su experiencia. Pero eso no ha pintado sino al sabio; mas no á Gonzalitos, esto es, al individuo en sí mismo, con su modo de sér físico y con su modo de sér moral, que lo caracterizaban. Gonzalitos fué el hombre afectuoso para todos y por todos tan querido como respetado.

Su casa fué siempre el consultorio de los hijos de la Frontera. Una vez, en 1867, el que esto escribe llegó á contar sesenta y cinco personas, que, desde la una á las tres y media de la tarde, esperaban en el corredor del local donde se halla su biblioteca, que se levantase de la reglamentaria siesta, para entrar á consultarle.

Levantábase Gonzalitos: abría la reja de hierro que cae al corredor: sentábase en su silla de fondo y respaldo de baqueta y toscos brazos, frente á su no menos tosca mesa. A su espalda, á su izquierda y á su frente, veíase un sinnúmero de volúmenes. Creemos que pasan de tres mil y que nada había en tan rica biblioteca, que no hubiese ó leído, ó al menos consultado, sobre todo género de conocimientos. ¡Quizá su memoria era, por decirlo así, el resumen de aquella biblioteca!

Sentado ya en su silla comenzaba á consultar.

—¿Qué tiene vd., criatura? era la frase característica con que recibía al que llegaba.—Hacía un examen minucioso del enfermo y en seguida escribía la receta.



No salía á sus visitas, sino hasta después de haber despachado á todos los que á su casa ocurrían. Unicamente en el evento de que se le llamase en un caso difícil de obstetricia dejaba pendientes sus consultas. Para ello daba la razón de que, los que iban á pedirle remedio para sus enfermedades, podían esperar; pero para la pobre mujer, cuya vida estaba expuesta á decidirse en un momento, no debía haber espera, y era inhumana toda dilación de parte del médico, en quien ella había puesto la esperanza.

Y es de ver que acudía con solicitud tanto á la esposa del más encumbrado capitalista, como á la pobre mujer, que no tenía más lecho que la desnuda piel de oveja y ni más abrigo que un pedazo de manta. Oh y ¡cuántas veces no sólo tuvo que recibir al hijo del desvalido proletario en sus manos bienhechoras, sino abrigarlo con la ropa con que él acudía para defenderlo de la intemperie!

Hé allí al médico de los pobres, para quien no hubo en el desinteresado ejercicio de su profesión ni calor, y ni frío, y ni noches, y ni cansancio, y ni dificultades, y ni obstáculos. El iba á la cabecera del enfermo, fuera un Crespo ó fuera un Espartaco: ó más claro, fuera la esposa del egregio Presidente Juárez, á quien asistió en esta capital, ó fuera la del más infeliz presidario. Por eso es por que todo Monterrey lo proclamó su bienhechor. Un pueblo

no es sino una gran familia, de la cual cada individuo se considera ser representante, cuando escucha palabras en encomio del bendito lugar, que es el objeto de sus afecciones. Bien has tú, Monterrey, que al irse de entre nosotros el benefactor de tus hijos, supiste depositar en su venerable tumba lágrimas de la gratitud más sincera! El sentimiento ennoblece al hombre y enaltece á los pueblos. Una sociedad que agradece el bien, no sólo es capaz de comprenderlo sino de practicarlo.

Su estatura era de dos varas menos dos pulgadas: su temperamento mixto del sanguinio, linfático y nervioso; su cara un tanto redonda y de color blanco cobrizo, y su cuerpo algo grueso. Su fisonomía, según la muestra fielmente el retrato, que salió como primera lámina de esta obra, aparecía severa y grave. Su frente era espaciosa, sus sienes abultadas: sus ojos grandes, negros y de mirada apacible, estando un poco cargados de párpados: su boca era grande, labio inferior prominente, que para algunos es el inequívoco signo de la ingenuidad, y de la prudencia; barba redonda y limpia; pómulos carnosos. En el vigor de su vida el conjunto de sus facciones recordaba el pensamiento del orador romano, de alma sana en cuerpo sano, y podíasele aplicar lo que el mismo Gonzalitos dijo en su brillante discurso de 1861 respecto de la cara del justo: "brillan en ella



la sencillez y la inocencia, la pureza de su alma da á su fisonomía una expresión dulce y apacible, su mirada es franca y expresiva y todo manifiesta en ella la tranquilidad de la buena conciencia."

Siguiendo el precepto de Hipócrates, de no oler mal á los enfermos, generalmente procuró traer consigo almizcle. Tan agradable aroma, que perfumaba un traje ni pulcro y ni descuidado, aunque igual al que usaba la generalidad, hacía conocer que quien lo traía, portábalo más bien por higiene, que por refinamiento. En efecto: al ver á Gonzalitos transitar por las calles, quien no lo conociera, diría que era algún individuo recientemente llegado de alguno de nuestros pueblos; pues su saco de algodón ó de lana, su corbata ancha y su sombrero común y corriente, sus zapatos negros de gamusa, que siempre usaba en el ejercicio de su profesión, daban á presumir que era un hombre, que no se elevaba mucho de la clase media.

Tan sencillo, como era en su exterior, era en su trato y en su alimentación. A las cuatro de la mañana, en el verano, y á las cinco en el invierno, tomaba un chocolate y en seguida se iba al Hospital. Daba su cátedra de Clínica á esas horas. A continuación con todos sus discípulos visitaba los enfermos, y después de departir con los alumnos con una afabilidad, que sólo tienen los padres para con los hijos, salía á sus visitas. De un extremo

al otro de la población recorría aquel desinteresado médico á pié, y leyendo en el buen tiempo. Daba su trabajo sin esperar retribución; trabajaba porque no sólo creía, sino que sentía, que era un deber trabajar.

A las doce hacía una comida abundante sin vino, y por la noche tomaba un chocolate.

Jamás pasó una cuenta de honorarios. Hé aquí lo que dijo en la cláusula 4ª de su testamento:

..... "Todo Monterrey sabe que yo nunca he cobrado nada: que todo lo que tengo ha sido por regalos y donaciones que me han hecho."

Tal fué uno de los rasgos típicos que lo caracterizaban, y del cual no lo hizo prescindir jamás ni el amigo más íntimo. Veía su profesión como un sacerdocio, casi como un cargo público, cuyo desempeño hallaba suficientemente compensado, como lo escribió varias veces, con el inefable gozo, que deja tras de sí una buena obra. Las personas de posibles procuraban retribuirle con eficacia. Sabían perfectamente que, lo que ponían en manos del eminente filántropo, redundaba en bien de los desvalidos, convirtiéndose ya en socorros á pobres, ya en abrigo á los infelices vergonzantes, ó ya en materiales para el Hospital, en el que empleó cerca de veinte mil pesos de sus recursos propios.

No le preocupaban las distinciones hono-



ríficas, aunque las agradecía con sinceridad: veíalas como causa para no desmentir sus actos, esto es, como vulgarmente se dice, no dormía sobre sus laureles; no obstante que se puede juzgar, con verdad plena, que si nunca hubiera recibido ninguna distinción encumbrada; él, sin embargo, hubiera sido tan dedicado á la ciencia, tan entregado á la filantropía y tan laborioso, como lo fué hasta el día en que faltó vigor en su organismo, después de 55 años de estudio incesante y de continuado ejercicio en su profesión.

Cuando recibió la condecoración de caballero de la orden de Guadalupe con que, como se ha dicho, lo agració el archiduque Maximiliano:

—Mas hubiera agradecido, dijo á su discípulo Juan de Dios, que este nieto de Carlos V me hubiera mandado siquiera unos diez pesos para el Hospital. Estas condecoraciones son buenas para quienes las pretenden. Prefiero tener atole para mis enfermos, que llevar esta condecoración en el pecho. Jamás me la pondré. Nunca la usó.

Era tan modesto y tan humilde, que cuando se le veía en su biblioteca escribiendo, sin más compañía que sus libros y los muebles sencillísimos de su habitación, veníase á la memoria la bella pintura que el abate D' Olivet hace del insigne La Bruyere:

“Me lo imagino como un filósofo, que no

aspiraba sino á vivir tranquilo con sus amigos y con sus libros, haciendo una buena elección de unos y de otros; no buscando, ni huyendo el placer: siempre dispuesto á una alegría modesta é ingenioso para motivarla: delicado en sus maneras, sabio en sus discursos, y temiendo toda especie de ambición, aun la de mostrar sus talentos.”

No gustaba de asistir á las diversiones, pues le parecía que robaba vigor á su organismo en esos pasatiempos, de que no tenía necesidad para descansar de sus trabajos. El mejor descanso, decía, se consigue cambiando de trabajo. El espíritu es como el cuerpo en este respecto. Sentándose, se descansa de estar parado y viceversa. En las faenas intelectuales se halla descanso con pasar de una lectura á otra de distinto género. Sólo hay un medio que nos da el descanso más restaurador, cual es el sueño, y de ese no debemos privarnos para ir á entretenimientos, salvo exigencias sociales.

Su gran memoria hacía de él un abundantísimo depósito de anécdotas y cuentecillos, que con oportunidad aplicaba, con un tono siempre festivo y halagüeño, que servía de mucho para alentar á los enfermos. Aun en medio de sus dolencias animábase con sus referencias humorísticas.

En su plena salud creemos que nadie lo vió de mal humor, y no es que simulara esa



condición moral, como se dice que suele hacerse en política para penetrar y engañar al contrario, es que fué festivo por carácter, formando tal distintivo realmente una de sus grandes cualidades y el poderoso talismán con que su individualidad afirmó el cariño de todos. Todos le estimaban con afecto tan tierno, que procuraban ligarse con él con el vínculo del compadrazgo. Y no es exagerado decir que muchísimos de los habitantes de esta capital, y de todas las clases sociales, fueron sus compadres. Debe haber llevado á la pila hasta segundos nietos de ahijados.

No sólo asistía á los pobres con igual empeño que á la persona más encumbrada; no sólo invertía gruesas sumas en el Hospital, sino en su misma casa todos los sábados daba limosna á los que la pedían. Aun en los días de su enfermedad donó á la ciudad de Monterrey un fundo para una escuela pública.

¡Y cuántos, por otra parte, acudieron á él en demanda de remedio para dolencias morales! La prudencia, la cordura, la discreción y aquel poder misterioso é irresistible con que su noble y modesta magestad encadenaba á quienes lo trataban, y su dulzura y apacibilidad, eran los guías, que llevaban á su presencia á quienes necesitaban de luz para ver en medio de las tinieblas de una condición desgarradora. El daba ánimo á la humildad; valor á la timidez; confianza al mérito; conformidad á

la decepción; perseverancia á la volubilidad y sabía reprimir á la ambición desenfrenada: que siempre hallaba en su tesoro intelectual y en su grande y buen corazón rectos y sanos consejos, que servían de consuelo para quien pensaba no encontrarlo! ¡Y con qué sencillez se expresaba en esos momentos! Referíale una ocasión una persona íntima, en tono de queja, el disgusto que le había causado un amigo.

—Déjese de eso, criatura, le dijo, que no es uno real de á ocho para que lo quieran todos. Si esa amistad se rompe, dé vd. gracias al cielo de no haber sido quien tirara la primera piedra. En perdonar debemos ser los primeros; en ofender los últimos.

Hombre tan lleno de vida comenzó á declinar después de su regreso de Nueva York. Sacábalo el destino de la negra noche de la ceguera, y precipitábalo en días de sombras y en noches de sufrimientos. Se le declaró una afección en el hígado, que poco á poco lo fué consumiendo, gastando sus fuerzas á tal grado que, meses después, no parecía su venerable rostro sino el de un cadáver. Resistió con un vigor verdaderamente increíble guardar cama. En estado tan decaído, acudía aún á los enfermos acompañado de alguno de sus discípulos. Generalmente salía en carruaje, pues á pié érale penosísimo hasta apoyándose en el bra-